

Apenas transcurrido un lustro, el ingeniero F. Botella deplorará (34) que las técnicas extractivas y transformadoras del mineral continuasen siendo las de cien años atrás. En cuanto a las primeras, realizadas por 229 obreros, las labores fundamentales eran las siguientes: "...detrás de cada picacero marchan cuatro llenadores con tres espuertas cada uno, y los siguen tres cargadores y el arriero, que tiene también idéntica obligación; estos últimos vacían las espuertas en los serones de las caballerías menores a razón de seis espuertas de 30 libras por cada una, o sea una carga de mas de veinte arrobas. Arráncase así la montera del esteril, operación que por mucho que se procure aproximar los vaciaderos, es una de las dificultades crecientes de esta explotación; al llegar a la primera capa del mineral se barre la superficie, y sigue la operación de la misma manera, rompiendo la roca con picazos, con barrotos de hierro y también con cuñas y almainas".

El método de beneficio no había variado y los hornos utilizados continuaban siendo los mismos, si bien últimamente había sido construído uno nuevo a título de ensayo, con caldera de hierro, pero alimentada de leña y no de carbón mineral como hubiera sido más conveniente. "Los aparatos empleados —concluye nuestro informante— ..., son tan imperfectos, que al par que llevan consigo un gasto enorme en combustible y en quiebras de crisoles, dan lugar además por su propia naturaleza a pérdidas de muchísima consideración, y limitan sobremanera la producción por la pequeña cantidad de mineral que destilan diariamente".

En 1862 entró en funcionamiento un segundo horno con caldera de hierro colado, pero la irrentabilidad del establecimiento impuso su clausura temporal al año siguiente (35). Aunque reactivado en el 64, el desestanco de la pólvora un año después (36) determinó la casi completa paralización de los trabajos ante la competencia de otros yacimientos mejor explotados y del azufre siciliano. El ingeniero F. Naranjo se llevaría del lugar una impresión penosa al visitarlo en 1865. Desforestación de la comarca, caótica explotación del subsuelo, irregular funcionamiento de los vetustos hornos y pésima dirección pericial y administrativa. "Así que, visto lo complicado de la administración, lo irregular del laboreo y lo atrasado del beneficio... Es, pues, a mi [modo de] ver, indeclinable y urgente la enajenación de estas minas y fábricas por medio de subasta pública. Así el interés individual sacará todo el partido de que es susceptible este buen criadero, mucho más ahora que, con la proximidad del ferrocarril murciano, puede dar salida en todas direcciones a sus productos...". La enajenación, que había sido recomendada ya en 1857 por el ingeniero Isidro Sáinz de Baranda, en opinión de Naranjo urgía realizarla "a fin de que los edificios y aún las minas, hoy muy deterioradas, no acaben de arruinarse y se pierda todo por completo". La privatización se dejaría esperar sin embargo hasta 1870.

---

(34) BOTELLA, Op cit.

(35) Revista Minera, XVII (1866), p. 163.

(36) Lm, t. II (1865), ps. 48-52.